

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 31 DE OCTUBRE DE 1901

NÚM. 571



—¡El ALMANAQUE DE LA SAETA! ¡Hoy sale, hoy!

CHARLA



s particular! Hoy, que es el día de los muertos, es cuando dan señales de vida algunos cómicos que *viven muriendo* el resto del año.

Don Juan Tenorio es el talismán que hace el milagro.

Conozco una familia que, cuando llega esta época, se despacha á su gusto en eso de *soltar* versos de Zorrilla.

El año pasado hicieron cinco *Tenorios* en dos días, y en cinco poblaciones distintas.

Con los mismos trajes del drama salían por la carretera, en carruaje ó donde podían, y así llegaban al teatro, dispuestos á crucificar al pobre *Don Juan*.

El padre era el protagonista, la madre *Doña Inés* y la hija *Brígida*.

Haciéndose de este modo el reparto, porque la chica era un poco corta de resuello y gangueaba algo por los cañones de la nariz.

Pues así y todo, se ganan muy buenos cuartos, porque todo se queda en casa.

El vestuario lo tienen desde tiempo inmemorial, y doña Virtudes, ó sea la primerísima *primera* actriz, se cuida de remendar las trusas de *Don Juan* y de *echarle* un pie á las mallas del *Comendador*.

El novio de la niña mayor hace tres papeles *variados*; una señora amiga de la casa, viuda de un cobrador de contribuciones, hace de *Don Diego Tenorio*, con careta, en el primer acto, y de *Escultor*, con barba postiza, en el quinto.

La chica menor es un prodigio.

En el acto segundo hace ella sola la escena de *Don Luis* y *Doña Ana de Pantoja*.

Y los demás papeles están á cargo de parientes más ó menos cercanos, que *trabajan* por afición y por viajar de balde.

¡Ah! La encargada de subir y bajar el telón, de la taquilla y de tocar la guitarra en los intermedios, es la suegra de *Don Juan Tenorio*, ó sea la madre de doña Virtudes.

De este modo van de pueblo en pueblo estos días, recogiendo lauros y comestibles; porque, según días pasados me decía el director de esta compañía, hay poblaciones en que el taquillero cobra en huevos, butifarras, tocino fresco y otras *tonterías* por el estilo.

—Y verduras ¿no suelen darles?—le pregunté.

—Esas nos las arrojan á la escena en los tres ó cuatro momentos de entusiasmo que tiene la obrita,—me contestó con mucha seriedad.

—Y este año ¿tiene usted ya teatros?—continué.

—Sí, señor: siete.

—¡Caramba! ¡Esa ya es una buena temporada!

—No, señor: tres días. En una sola población hacemos tres *Tenorios* en un día.

—¡Hola!

—Uno en la cuadra del Alcalde, otro en la rebotica del Farmacéutico y otro en una alcoba grande del Juez municipal.

—¿Por la mañana, por la tarde y por la noche?

—Justo. Se han picado, y cada cual quiere su *Tenorio* en casa; y es lo que yo digo: puesto que quieren artistas, que los paguen.

Y aquel pobre hombre me dejó casi con la palabra en la boca, porque iba muy de prisa á llevarle unas muestras á su mujer para remendar la capa del *Capitán Centellas*.

Si creen ustedes exagerado lo que digo, vayan ustedes á la Rambla en esta época, y si encuentran un cómico paseándose, allí donde tantos hay siempre, pierdo una oreja.

Dios les dé suerte y al público calma para no dejarse llevar de un arrebato mal contenido.

**

La única novedad teatral de estos días en Barcelona la constituye la inauguración del teatro *Le Trianon*.

Es un salón muy bien presentado y hasta elegante, que no dudamos hará fortuna entre el público de buen gusto.

La compañía que en dicho local actúa se compone de artistas francesas, italianas y españolas, siendo los números más salientes los bailes andaluces y las cuatro cancanistas.



—Toco un galop escogido de un artista consumado, que empieza con *re-la-mi-do* y se acaba *re-venta-do*.

En nuestros números próximos publicaremos artísticos grabados, retratos de los principales artistas.

Desde luego enviamos nuestra más sincera enhorabuena á la espléndida empresa.

**

Y como no hay otro asunto, termino, y me voy á rezarles á las ánimas que pueblan el purgatorio.

JOAQUÍN ARQUES.

¡AY, MADRE!...

—Madre, dame la guitarra: que descanse aquí, en el lecho .. Deja que la toque un poco, quisiera probar si puedo... ¡No llores!... ¡Si ya estoy bien!... ¡Me lo dijo ayer el médico!... Voy á destaparme un poco. Madre, me tiemblan los dedos... ¡No te asustes!... ¡Si no es nada! Es... que no sé lo que tengo... y me mata la tristeza ¡y lloro de sufrimiento!... Sí, madre: la quise mucho, era mi cariño inmenso.

¿Verdad que tú me perdonas? Sí, que en tus ojos lo leo. ¿Te acuerdas? Era una niña al empezar á querernos, y murió joven, muy joven, y dicen que está en el cielo. ¡Ay, madre, cuánto la quise! Mira... ¿ves?... estando enfermo, gozo al pensar que pudiera verla allá, lejos, muy lejos... ¡No llores, madre querida! Dame la guitarra; quiero dedicarle alguna copla que me sirva de recuerdo.

«Un carñito que tuve
»se lo llevó Dios al cielo:
»por eso yo no soy malo,
»porque, al morir, quiero verlo...»
Noto frío, mucho frío.
Quisiera llorar. ¡No puedo!
Déjame solo, bien solo;
voy á probar si me duermo...
¡Ay, madre, si yo pudiera
estar con ella en el cielo!...

J. ENRIQUE DOTRES.

CAZA DE PELO

HUÉ el caso que, á pesar de haber corrido yo toda la mañana con la escopeta al hombro y excitando la actividad de mi perro, no había podido cazar ni una mosca.

Y que de pronto mi perro meneó la cola, pegó el hocico al suelo y se puso á trotar como si siguiera una pista.

Yo hice otro tanto; quiero decir que seguí á mi can, aunque sin pegar á tierra el hocico ni menear nada, salvo las piernas.

Al cabo de un cuarto de hora llegamos ante una casita rodeada de un pequeño huerto.

El perro meneó la cola con más violencia y sacó un palmo de lengua.

Yo llamé.

Salió á abrir una mujer joven y bastante bien parecida.

—¿Qué desea usted?—me preguntó.

—No lo sé á punto fijo... La verdad es que mi perro me ha conducido aquí...

—Ya comprendo lo que es,—dijo la joven, sonriendo.—Nuestra perra está en celo...

—¡Ya!...

—¿Quiere usted tomar algo?

—Venga un vaso de vino...

Entramos en una modesta habitación; bebí y dije á la joven:

—¿Sabe usted que es lástima que una mujer tan hermosa viva aquí tan aislada, obscurecida?

—Y ¿qué le he de hacer? Tengo que estar aquí con mi marido...

—¡Ah! ¿Tiene usted marido?

—Es el guarda de estos bosques.

—¡Ah! Entonces tendrán ustedes caza... Compraré algo, porque es ridículo salir á cazar y volver de vacío...

—Sí, señor; puedo servir á usted...

—¿Será fresca la caza?

—¡Ya lo creo! Muerta de anoche mismo, ó, por mejor decir, de la madrugada.

—¿Vamos á verla?

—Venga usted.

Y me llevó á un apartado rincón del huerto,



Se acaba de levantar
y aun el sueño la domina;
se conoce que ha tenido
esta noche... pesadilla.

donde yacían tendidas una veintena de piezas, bastante buenas, en honor de la verdad sea dicho.

Yo también era entonces buena pieza, y lo probé, abrazando á la joven y dándola un beso en el cuello, á la vez que le decía, en vista de que parecían desagradarla mis atrevimientos:

—Algo de todo esto me llevaré; pero aquí no veo más que perdices y liebres ..

—Bien: ¿y qué?—dijo ella, sonriendo de un modo provocativo.

—¿No podría usted enseñarme también algún conejo?

Ella, tras un instante de vacilación, repuso:

—Venga usted por aquí.

Llevóme á sitio algo más apartado aún... Y hacía un rato que estábamos allí hablando de la aburrida existencia que la pobre muchacha pasaba en aquel solitario lugar, cuando se oyeron los ladridos de un perro que no era el mío.

—¡Mi marido!—dijo la joven, sin tener intención de hacer un chiste.

Apenas tuvimos tiempo de volver junto á las perdices y las liebres. Entró el guarda, y, al vernos, dijo bruscamente:

—¿Qué hacen ustedes aquí?

—El señor quiere comprar caza,—apresuróse á decir su esposa, sin inmutarse para nada.

—¿De pelo ó de pluma?

—¡De pelo, de pelo!—repuse yo, más muerto que vivo.

Y la joven añadió tranquilamente:

—Se quedará algunas perdices y algunas liebres; pero se ha empeñado también en adquirir el conejo que yo guardaba para ti.

Y el guarda repuso:

—¡Si lo paga bien... es trato hecho!

Creo inútil decir que no regateé y que salí de allí completamente satisfecho de haber cazado tan buenas piezas, gracias á mi perro y á la perra del guarda.

DON SEBASTIÁN.



Modelo de monumento para bailarinas célebres.

IDEAS SUELTAS

En el hospital, el preferido ha de ser el enfermo *más grave y más desamparado*. Fuera de esta distinción caritativa, no ha de haber ninguna. — Las faltas, los abusos, se dejan ver bien sin que nadie los denuncie; toda persona inteligente y celosa, tiene en sí misma sentidos y facultades para advertirlos. — Nada más humano que las simpatías ó antipatías personales, las recomendaciones y los influjos. Hay que vencer tales movimientos del ánimo. Hay que tratar igualmente á todos; y si se le concede alguna atención mayor á alguno, que sea el más necesitado.

DR. FEDERICO RUBIO.

HISTERISMO

LA vi en el hospital durante la visita, y su aspecto triste y sus ojos soñadores y entornados me impresionaron profundamente desde el primer momento, desviando mi atención del sabio maestro, que, próximo á la cama, nos daba una hermosa lección científica saturada de doctrina, y yo miraba á la pobre enferma objeto de la conferencia, y me representaba su vida anterior, el modo de ser especial de su carne y de su espíritu, la traidora etiología del mal que á aquel estado la condujo.... Más tarde, algunos días después, arrastrado por invencible curiosidad ó por extraña simpatía, decidí hablarla, preguntarla, saber algo de su vida... y ella, la pobre histérica, me envolvió en una mirada cálida, por la que quería escaparse toda la vibrante energía de sus nervios enfermos, y me respondió:

—¡Mi vida exterior es fría, insípida, vulgar! Fuí niña como todas, como todas crecí, fuí mujer, y, al serlo, enfermé, hasta caer vencida después en este lecho de la caridad oficial... Pero, ¡ahl, mi vida interior, mis sentimientos íntimos, la lucha de mis ocultos pensamientos, el batallar constante de mi cuerpo y de mi espíritu, ¡cuán triste, cuán largo de contar! No me pida que se lo

manifieste: no podría, ni sabría, ni tampoco quiero resucitar ideas semienterradas, ni rejuvenecer ilusiones irrealizadas, irrealizables quizá...

—¡Pobre niña!—la dije.—¡Ya se pondrá buena!... Es usted joven, y la juventud vence siempre; confíe y espere...

Ella calló y suspiró. Demasiado comprendía la mentira de mis palabras, y miraba con avidez de joven enferma el florido jardín del establecimiento, donde la vegetación sana y potente dejaba fluir el ozono vivificador, tan necesario para ella, tan apetecido por los que allí moraban.

Pasaron más días; la enferma había sufrido varios ataques; yo tuve que asistir á uno, y á su vista se redobló mi lástima, mi tristeza. La pobre joven retorció sus miembros descarnados, haciéndoles adoptar, inconsciente y convulsivamente, las actitudes más pasionales, mientras su seno de virgen se levantaba agitado y tumultuoso, y su rostro,



—Se le ha soltado una cinta y se la tiene que atar.

—Pero por eso las piernas ¿nos las tiene que enseñar?

bonito todavía, expresaba un erotismo loco y desenfrenado, iluminado por aquellos ojazos negros como el olvido, todo fuego, todo amor...

El ataque cedía poco á poco, pero sus músculos no podían resistir tanto gasto de energías, y aunque sus valientes nervios mandaban aún, sin quererse batir en retirada, aquella muchacha decaía visiblemente, sin dejar de mirar al jardín, siempre joven y siempre risueño; sin dejar de mirar á aquella Naturaleza cuya fecundidad inagotable entraba á raudales en la sala bajo la forma de hálito embalsamador, á aquellas flores alegres y lascivas que se estremecían gozosas al beso caliginoso del sol primaveral, y así moría la histérica con los ojos fijos, la cara sonriente y en éxtasis, cual si contemplara el invisible ser de sus ensueños azules, y así murió aquella hembra joven, víctima de su misma juventud, de su oculta pasión, de su interminable deseo de amar y ser mujer...

Y en tanto, un rayo de sol, traspasando el vidrio del amplio ventanal, se posaba sobre las blancas mejillas de la muerta, envolviéndolas en una suprema, en una última caricia...

Y luego, cuando la tarde, expirando poco á poco, envolvía los objetos en una penumbra grisácea y soñolienta, parecióme que la Naturaleza, tan alegre poco antes, enmudecía asombrada, estremeciéndose arrepentida de su propia obra...

JOSÉ ALSINA Y CODERCH.

FRIOLERAS

Laméntase don Miguel
de lo que en su casa pasa;
pues, según dice, en su casa
no manda nadie más que él.
Y tiene razón con creces,
pues es tan poco atendido,
que si quiere ser servido
lo ha de mandar muchas veces.

Aunque me gusta Tomasa
cuando en la calle la encuentro,
aun me gusta más por dentro...
de su casa.

Pablito y Paz me parece
que no llevan vida buena;
mientras Paz riñe y ordena,
Pablo riñe y obedece.
Pablo, en la calle, es capaz
de romperle el alma al diablo;
pero en casa, dice Pablo
que siempre reina la paz

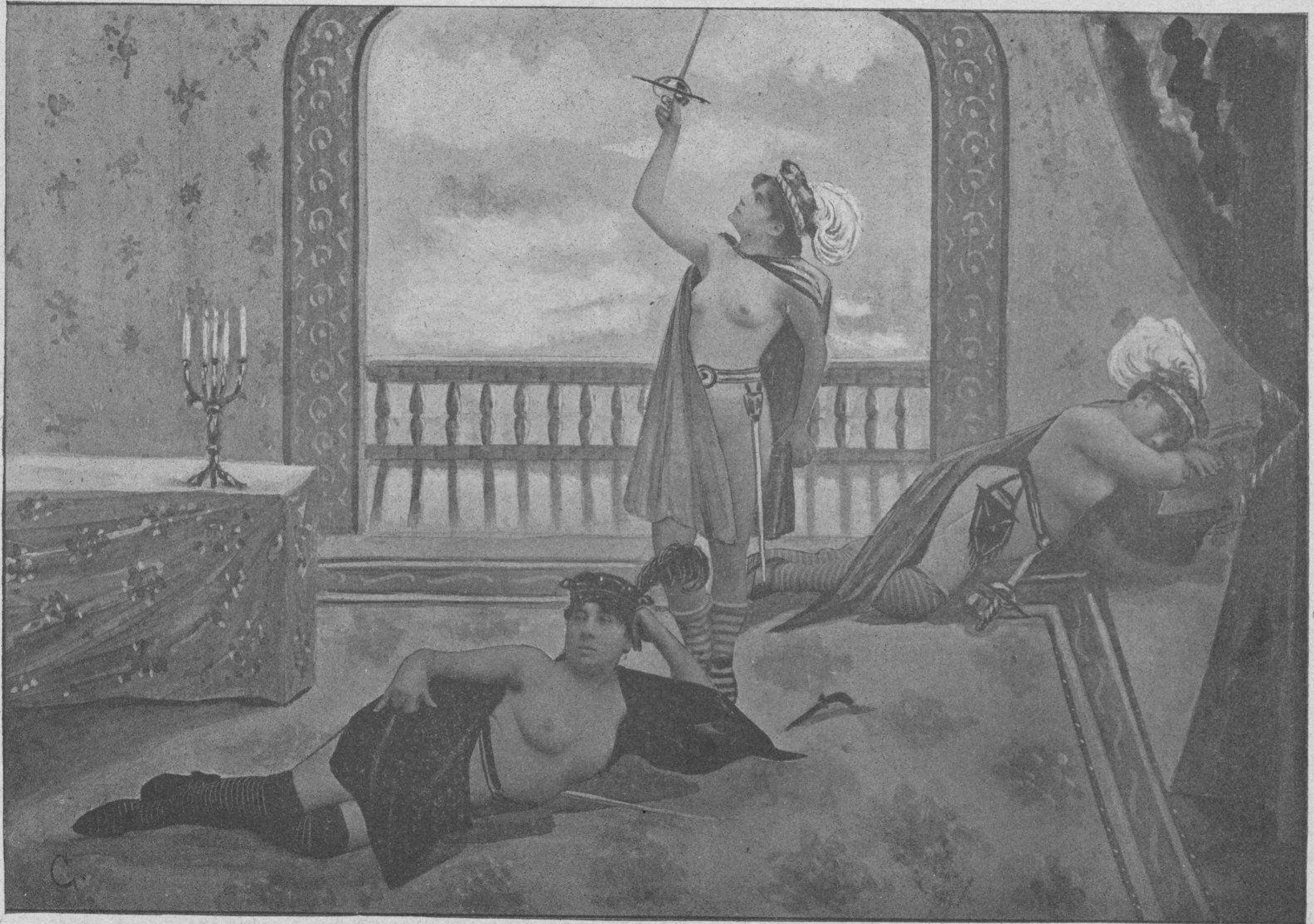
El juez don Fulgencio Marte,
que es el mejor de esta Audiencia,
hoy parte para Valencia.
—¿De modo que es juez.. y parte?

A. SEÑORA CUBELLS.



OTOÑO

ESCENAS DEL «TENORIO»



La Saeta

—¡Llamé al cielo y no me oyó,
y pues sus puertas me cierra,

de mis pasos en la tierra
responda el cielo, no yo!

ESCENAS DEL «TENORIO»



Las estatuas, esperando á que *Don Juan* las convide á cenar en *Le Trianon*

AMOR LOCO

ERA Pepilla una de las muchachas obreras que á la fábrica iban. Parte muy pequeña del complicado organismo que entre todos formábamos, para mí no representaba otra cosa que un nombre más ocupando un renglón de los muchos que tenían las listas de jornales. No había fijado en ella mi atención, como no la fijé en obrera alguna; porque allí, dentro de la fábrica, no éramos todos más que piezas aisladas de la maquinaria humana que, como la de hierro, obedecía á una fuerza motriz: las órdenes que del escritorio salían para distribuir los trabajos, de igual modo que del motor salía la energía que hacía moverse á las correas de transmisión, girar los ejes de volantes y engranar los dientes de las ruedas.



De amor, de dudas y flores
tiene su pechito lleno,
y, en tanto, *luchà el marino*
con ánimo sereno.

La historia que el director me contó hizo que yo reparara en la obrera, la cual, como otras muchas, tenía los ojos pardos, el cabello castaño, gentil talle y graciosa charla.

Aunque su tipo era vulgar, le había encajichado al capataz de su taller, y así como los tornillos de una máquina entorpecen su funcionamiento cuando están demasiado flojos, de igual modo las familiaridades que el capataz tenía con la muchacha, rebajaron mucho la autoridad de él é impidieron la buena armonía entre los dos.

Según el director me contaba, el capataz quería á Pepilla y la brindaba un hogar tranquilo donde ella sería feliz, no teniendo necesidad de acudir á la fábrica, pues las cinco pesetas que él ganaba permitirían que viviese el matrimonio, que había de realizarse si ella consentía.

Pero la muchacha, poco razonable, como casi todas las mujeres, despreciaba los buenos propósitos del señor Juan, que así se llamaba el capataz, y sólo guardaba sus favores para Luis, un muchacho que tuvimos trabajando y á quien hubo que despedir porque, cuando no le alejaban de la fábrica sus correrías por los pueblos donde había capea, le impedían ir sus continuas borracheras.

Tales vicios parecían agradar á Pepilla, pues lo cierto es que la muchacha más quería al chulo y aumentaba su odio al capataz, cuanto mayores escándalos veía en uno y más grandes complacencias advertía en otro. Perdida la autoridad del que era su jefe, llegó la muchacha hasta á mofarse de él, y varias veces, en la tez verdina del señor Juan, relampagueó una mirada de ira, sólo comparable al odio que sus ojos expresaban cuando veía á su rival.

Temía yo que los dos hombres pudiesen encontrarse y auguraba un fin desgraciado á toda esta historia. Rióse de mis cuitas el director y me aseguró que aquello no concluiría como yo sospechaba, y no por culpa, seguramente, del señor Juan.

Verdad es que yo no conocía bien

al novio de nuestra obrera, y por eso, cuando á los pocos meses me dijeron que ya vivían juntos los dos amantes y que él gastaba el jornal de Pepilla, protesté indignado y fué preciso que posteriores sucesos ocurrieran para convencerme de ello.

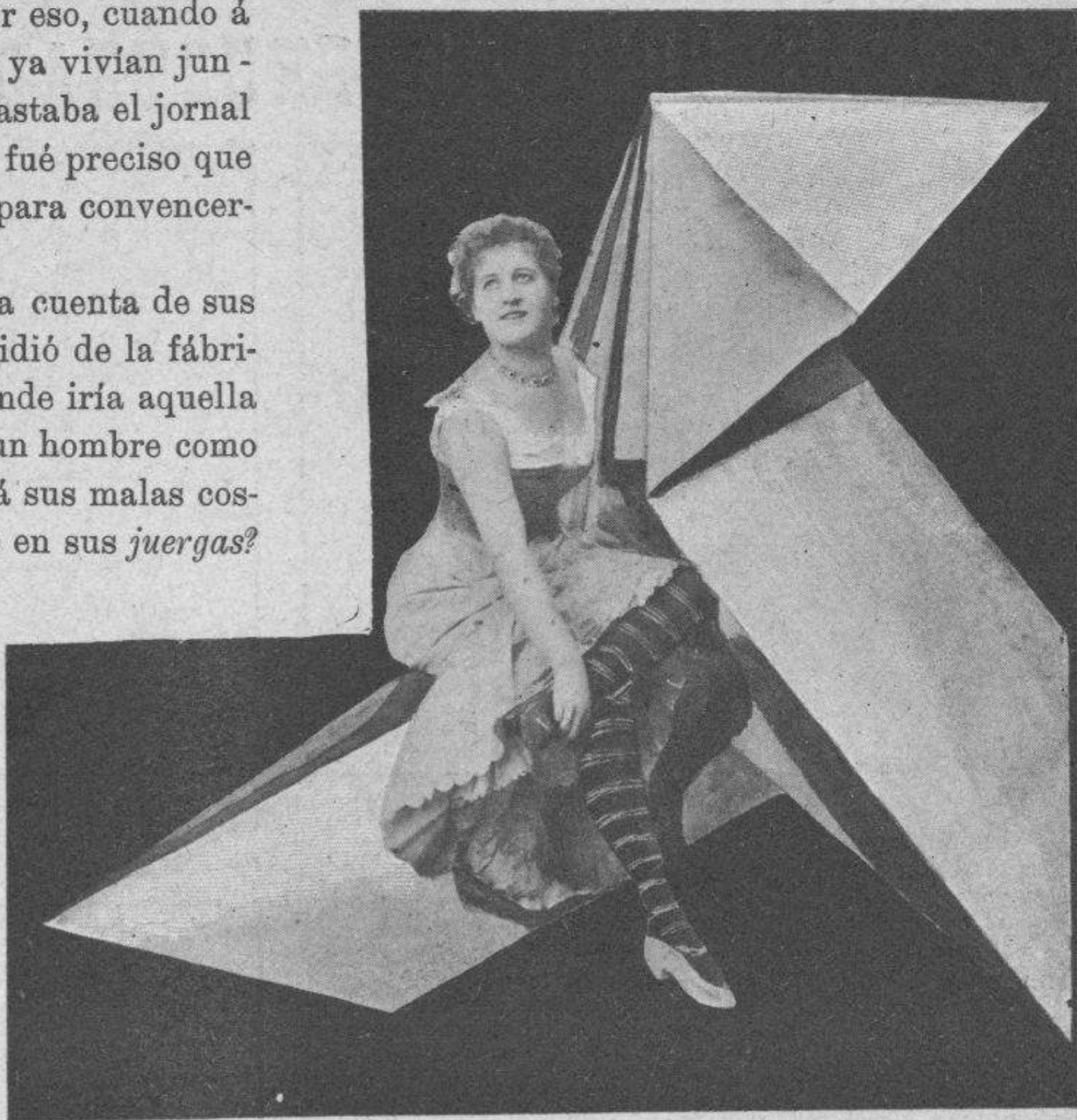
Un día, la muchacha cobró la cuenta de sus jornales de la semana y se despidió de la fábrica. Yo me quedé absorto. ¿Dónde iría aquella pobre mujer en compañía de un hombre como aquél, que había de amoldarla á sus malas costumbres y la haría acompañarle en sus *juergas*?

Decíase en la fábrica que el odio de Pepilla al señor Juan le obligó á tomar esta determinación, pues últimamente confesó que hasta la presencia de aquel hombre la exacerbaba.

Pronto se olvidó la historia de la obrera, y su fin no le hubiéramos sabido, á no hallarle varios obreros, un día que iban de jarana con el señor Juan, al entrar todos en una mancebía, en uno de esos infames tugurios donde se explota un bárbaro placer para satisfacer los vicios más soeces.

Opaca luz de un quinqué mal oliente alumbraba la mesa, en derredor de la cual Luis, el novio de Pepilla, estaba jugando con otros hombres encanallados y con una vieja decrepita que presidía aquella reunión. Varias mujeres, que casi parecían sombras, andrajosas, estaban jugando unas, echadas otras de bruces sobre la mesa, y alguna tendida en el sofá y las sillas.

De aquellas escuálidas figuras distinguió el



Parece mentira que la sostenga una pajarita de papel y que el marqués no pueda *sostenerla*.

señor Juan á Pepilla, como se distingue en seguida el copo de nieve que no hace mucho cayó sobre el estiércol.

Y al elegir en aquel mercado de la carne el cuerpo que se alquila, el señor Juan se dirigió á Pepilla. Retrocedió ella un momento, pretendiendo quizás negarse; pero una mirada de Luis le hizo variar de idea, y, dejando sobre la mesa la peseta que el capataz le entregaba, se fué con él, al mismo tiempo que Luis ponía la moneda sobre una carta.

ENRIQUE GONZÁLEZ SERRANO.

Á LA LUNA

AMOROSA

Tú que embelleces los cielos
cual brillante pandereta
cuyos madroños los forman
del espacio las estrellas;
tú que orgullosa te alzas
y mostrándote altanera
á los mundos iluminas
ó los sumes en tinieblas;
tú que en su constante marcha
siempre sigues á la Tierra,
cual á la adorada madre

sigue la hija predilecta,
dame nuevas de mi arada,
que allá muy lejos se queda,
y dime si me olvida
ó si llora por mi ausencia,
si hablar le viste con otro
faltándome á sus promesas,
ó si recuerda los días
que pasé al pie de su reja.
Dile que se fije en ti
cuando el cielo señoreas,

para poderme encontrar
con su mirada hechicera;
dile que me paso el día
tan sólo pensando en ella
y que esta tierra me cansa
por faltarme su presencia.
Dile, dile... pero no,
que si tanto la dijeras,
del Sol los lucientes rayos
con ella te sorprendieran.

JOSÉ MARTÍNEZ

TRIPLE SUICIDIO PRUSTRADO, por Basté



Está desesperado, y medita un triple suicidio, porque uno le parece poco.



Compra un revólver, una cuerda y un frasco de estricnina.



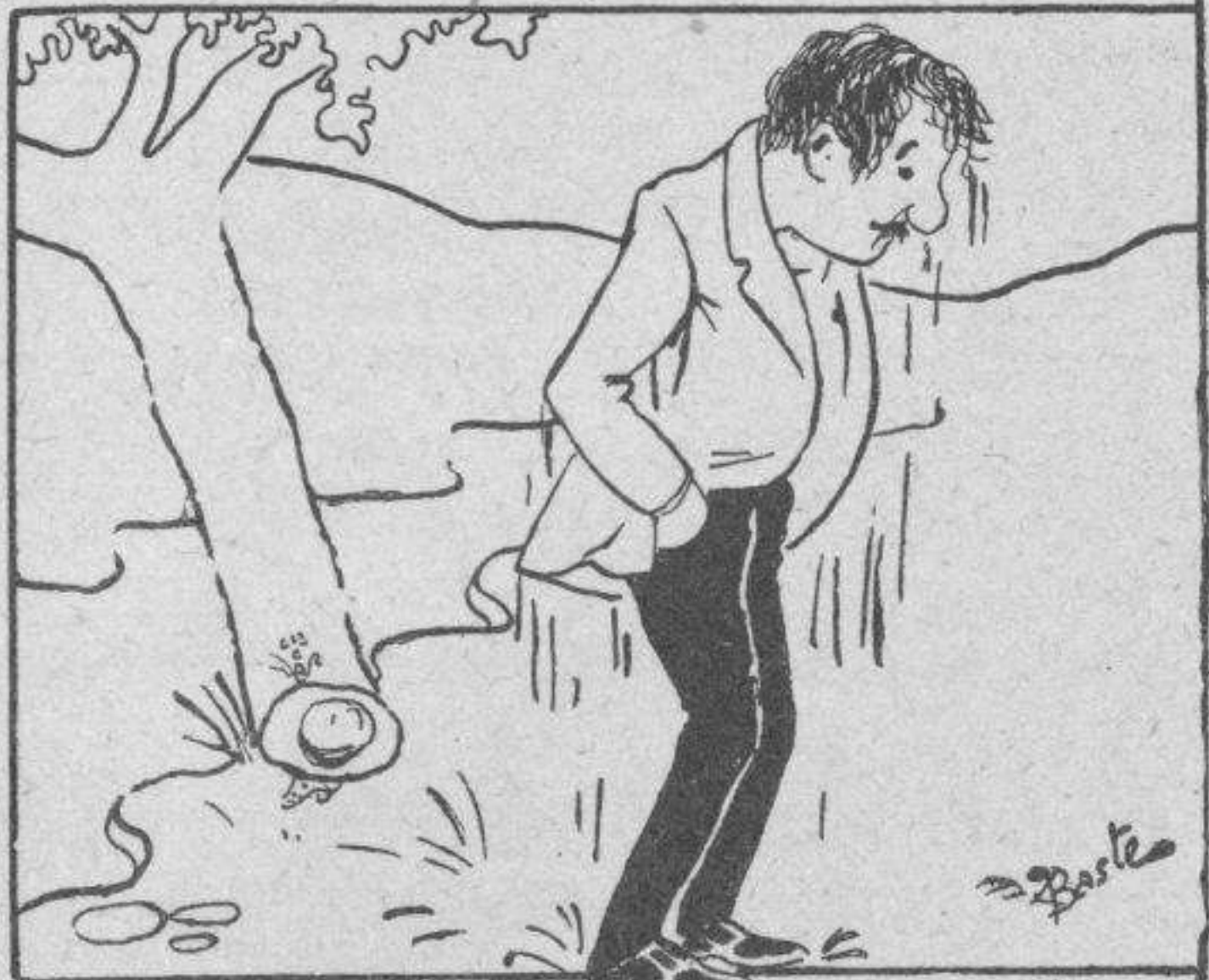
Sube a un árbol, dispone la cuerda para ahorcarse, se toma la estricnina.



y dispara el revólver. Pero, lejos de herirse, el proyectil rompe la cuerda.



y el desdichado cae a un río, tragándose más agua que la que cabe en su estómago. De modo que agua y estricnina van fuera en un instante



de angustia. El suicida marcha a su casa tan sano y más fresco que nunca, meditando otra barbaridad mejor.

BLANDO AL CASTIGO

A DIÓS, *Salvaor!* ¿Cómo andas?

—Mal. ¿No estás viendo que voy cojeando?

—Y ¿qué ha sido eso? ¿Algún varetazo?

—¡Los toros no me *jacen* á mí *na*, pero *na!* ¡Más le temo yo á otros bichos sin cuernos!

—¿Bicho y sin cuernos?... ¡Ya está acá!... ¡A Dios lisian!

—Hay algunos de éstos que, si se le hubieran *atravesao* al Guerra, le cortan la... carrera.

—Y á ti se te ha *atravesao*...

—Tú verás. Topé el otro día con un animalito de éstos, y ¡viva la madre de los pastores! ¡Vaya si se las trata! Agoté *tos* mis recursos y *to* mi saber. Fuíme derecho al bulto y empecé á trastear con desahogo, porque se presentó boyante; pero cuando llegó la hora de la suerte suprema...

—Dijo que el Supremo.

—¡Ni el Supremo, ni nadie! Por donde quiera que le entraba, me tenía los terrenos *cortaos*.

—¿*Empleates* los pases por bajo?

—¡Por bajo y por alto y hasta de pitón á rabo; y cuando ya no podía con la derecha, con la izquierda!...

—Y como si *na*...

—¡La cabeza por los cielos y *ca resoplío* que metía miedo!

—Pero ¿sin arrancarse?

—Y sin tomar el engaño ni dejarme *llegar con la mano al pelo*. Con tanta vista como *malisia*.

—Y, por fin, ¿qué?

—Por fin, que, á fuerza de mucho *trasteo*, pases y más pases, le pude entrar *al hilo de las tablas*... y ¡sin puntilla!

—¿Y sin consecuencias?

—Ahí está lo grave: que desde entonces, aunque no salí *jerío*, por lo menos ando con dificultad, y me parece que *pa* ese *ganao* me la corto.

—No seas bestia y contéstame. ¿Tú sabes si ese bicho estaba *toreao*?

—¿Por qué?

—Porque, si estaba *toreao*, ¡malo!

—Yo no sé; pero por la pinta deduzco que no hay plaza ni *tentaero* que no conozca.

—Pues ten en cuenta siempre el *jierro*.

—Y eso ¿*pa* qué?

—Mira: con los toros pasa lo mismo que con *eso*. A los toreros ¿quién les da las *cornás*?

—Los *güeyes*.

—Bien. Pues hay que exigir en el *ganao*, como condición principal, el *jierro*, que quiere decir marca de casa, finura, casta; y siendo *jierro conocio*, garantía de bravura, y éstos no es fácil que salgan *güeyes*.

—Y ¿es indispensable lo del *jierro*?

—¡Está claro!

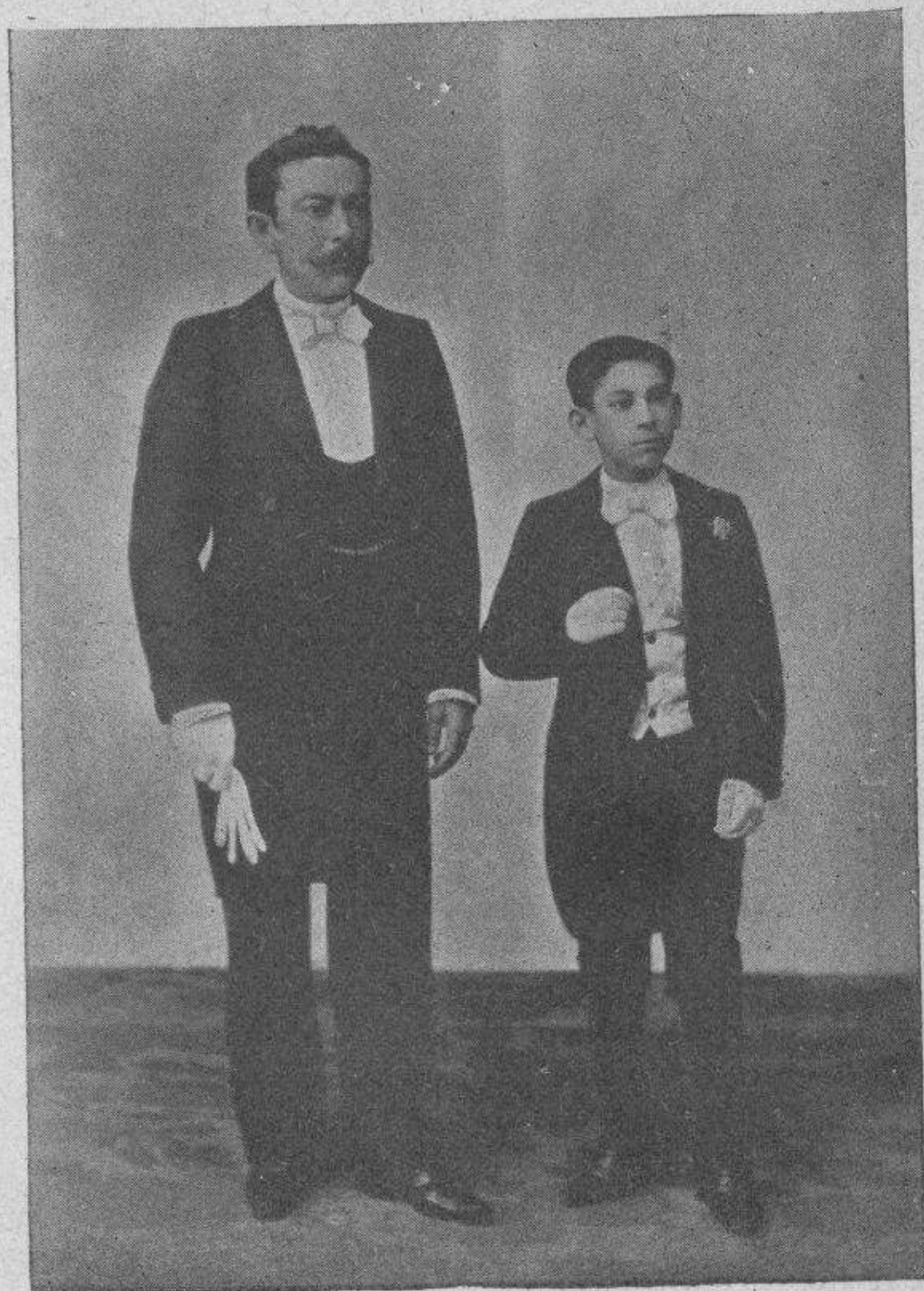
—Entonces tu consejo no me sirve.

—¿Por qué?

—Porque yo soy blando al castigo, y, créeme... ¡le temo al *jierro*!

JOSÉ BRAVO SALINAS.

NOTABILIDADES



El niño adivinador José Zapata (Tarfe) y su señor padre. Sus notables experimentos de adivinación han sido admirados estos últimos días en el Teatro Tívoli, de Barcelona.



Dice la buenaventura,
y acierta la gitana
todo lo que ha de pasarte,
sólo por una perrica...
¡Probetica!



ACLARACION

A MI QUERIDO AMIGO C. LÓPEZ SARMIENTO

Todos dicen que tengo mucho talento,
que es brillante y profundo mi pensamiento,
que en mis versos hay arte, vida, hermosura,
y en mis cantos bellezas y galanura.
Sin duda los que piensan de esta manera
no conocen, por dicha, mi vida entera;
no saben que en el fondo del alma mía
albergo dolorosa melancolía,
y que estas concepciones del pensamiento
brotaron sólo en alas del sentimiento.
Las amargas tristezas que encierra el alma
sólo en torpes estrofas encuentran calma,
donde grabo mis penas y mis venturas,
mis placeres y todas mis amarguras.
No demuestran mis versos ningún talento,
ni es brillante ni hermoso mi pensamiento;
sólo son mis escritos y mis canciones
el retrato de todas mis ilusiones,

tiernas quejas que exhala mi pecho amante
donde el dolor se alberga siempre constante,
pobres flores sin galas, tal vez marchitas,
que consuelan y endulzan todas mis cuitas.
Cuando en noches de dudas y de desvelo
busca el pecho angustiado dulce consuelo,
brotan en mí estos cantos que el alma alientan
y alejan los recuerdos que me atormentan.
En ellos fiel retrato toda mi vida,
los dolores y penas que el pecho anida;
y ese amor que me finge siempre mi mente,
bello como los cielos, puro y ardiente.
Como nacen, sin galas, sin armonía,
la forma les da siempre mi fantasía;
por eso falta en ellos la galanura,
las frases cadenciosas y la dulzura;
por eso no demuestran ningún talento,
por eso no es brillante mi pensamiento.

ARTURO G. CARRAFA.



Espera que llegue,
y debe llegar;

mas si tarda mucho
se la va á cargar.



FACSÍMILE DE LA CUBIERTA

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17 —Barcelona

MALAS PAGAS

Con mucho dolor de nuestro corazón, ponemos hoy á la vergüenza pública cuatro nombres de otros tantos *caballeros* que tienen por lema *no pagar lo que deben*, después de haberse aprovechado de lo que no les pertenece.

Estos *caballeros* son:

DON Andrés Pla,
de San Felú de Guixols.

DON Elozaiga y Uralde
de Ferrol.

DON José Martí,
de Vallirana.

DON Emilio Carolá,
de Premiá de Mar.


Una vez roto el fuego con estos soldados del batallón **Estafa**, seguiremos insertando los nombres de los corresponsales que se hagan acreedores á ello.

Por lo menos haremos un bien al público y á otros editores.



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Charadas

I

Por amor á *Tres segunda*
Perico ha de guardar cama,
porque la *tres* con la *prima*
invertida, le faltara
al abandonar la mesa
á donde sentado estaba,
dándoles la gran *dos-tres*
á todos sus camaradas
con su hablar estropajoso
y una *total* que empuñaba,
de la que se sirvió el dueño
para echarles de la casa.

PEPIS.

II

- 1.^a Nota musical.
 - 2.^a Idem id.
 - 3.^a Idem id.
- Todo.* Pueblo de España.

J. COLA BELVER.

Jeroglíficos comprimidos

I

PISTOLA TAJO

RICARDO DASÍ.

II

MUSICAL 51500A : MORFEO

R. CEBALLOS RUIZ.

Logogrifo numérico

- | | | | | | | | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---------------------|---------------|----------------|-----------------|----------------|------------------|---|---------------------|------------------|
| I | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | Nombre de varón. | | | | | | | | |
| | 1 | 5 | 6 | 2 | 8 | 6 | 5 | Bebida refrescante. | | | | | | | | |
| | | 4 | 2 | 3 | 6 | 8 | 6 | En las poesías. | | | | | | | | |
| | | | 4 | 5 | 6 | 8 | 6 | Utensilio de mesa. | | | | | | | | |
| | | | | 3 | 7 | 8 | 6 | Corriente de agua. | | | | | | | | |
| | | | | | 1 | 5 | 6 | Flúido. | | | | | | | | |
| | | | | | | 3 | 2 | Nota musical. | | | | | | | | |
| | | | | | | | 5 | Vocal. | | | | | | | | |
| | | | | | | | 6 | 7 | Nota musical. | | | | | | | |
| | | | | | | | 8 | 6 | 8 | Animal dañino. | | | | | | |
| | | | | | | | 3 | 8 | 6 | 5 | Nombre de flor. | | | | | |
| | | | | | | | 4 | 7 | 3 | 1 | 8 | En el Zodíaco. | | | | |
| | | | | | | | | 2 | 4 | 2 | 3 | 8 | Nombre de varón. | | | |
| | | | | | | | | 4 | 2 | 3 | 1 | 5 | 3 | 5 | Calle de Barcelona. | |
| | | | | | | | | 3 | 8 | 6 | 5 | 3 | 7 | 8 | 6 | En las iglesias. |

S. CODERCH MIR.

Refrán en fragmentos

- | | | | |
|----|---|---|-----------------------|
| 1 | . | . | Adverbio de negación. |
| 2 | . | . | Pronombre. |
| 3 | . | . | Tiempo de verbo. |
| 4 | . | . | Nota musical. |
| 5 | . | . | Idem. |
| 6 | . | . | Artículo. |
| 7 | . | . | Consonante. |
| 8 | . | . | Tiempo de verbo. |
| 9 | . | . | Nota musical. |
| 10 | . | . | Consonante. |
| 11 | . | . | Ave. |
| 12 | . | . | Consonante. |
| 13 | . | . | Artículo. |
| 14 | . | . | Moneda romana. |
| 15 | . | . | Adverbio. |

Los significados 5 y 6 constituyen una palabra; los 7 y 8, otra; los 10 y 11, otra; los 12 y 13, otra; y los 14 y 15, otra; y todos los *quince*, leídos tal como están colocados, expresan un refrán.—Cada punto representa una letra.

R. CEBALLOS RUIZ.

Tarjeta

Manuela Quer Cascaso

Combinar las letras de este tarjeta, de modo que se lea el nombre y apellido de una conocida tiple.

JOSÉ VALLÉS.

Soluciones á lo insertado en el núm. 570

- CHARADAS.—I, Torero; II, Tajo.
JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Pardiez.
JEROGLÍFICO LOGOGRIFO.—Paniaguado.
LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Marcelino.
TARJETA.—La Cara de Dios.

CRUZ LATINA:

C C
A A
C A R M E N
C A M I L O
E L
N O



Cuando salgo de casa,
mi esposa Pura
barre y dice cantando:
—¡Fuera basural!

CARTELES DE TOROS DE LA CASA ORTEGA.—VALENCIA



Núm. 304 del catálogo



20 céntos.

Núm. 572

Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Lidia, La Caza Ilustrada, Arte y Letras, Heraldo Taurino y El Suceso Ilustrado.*

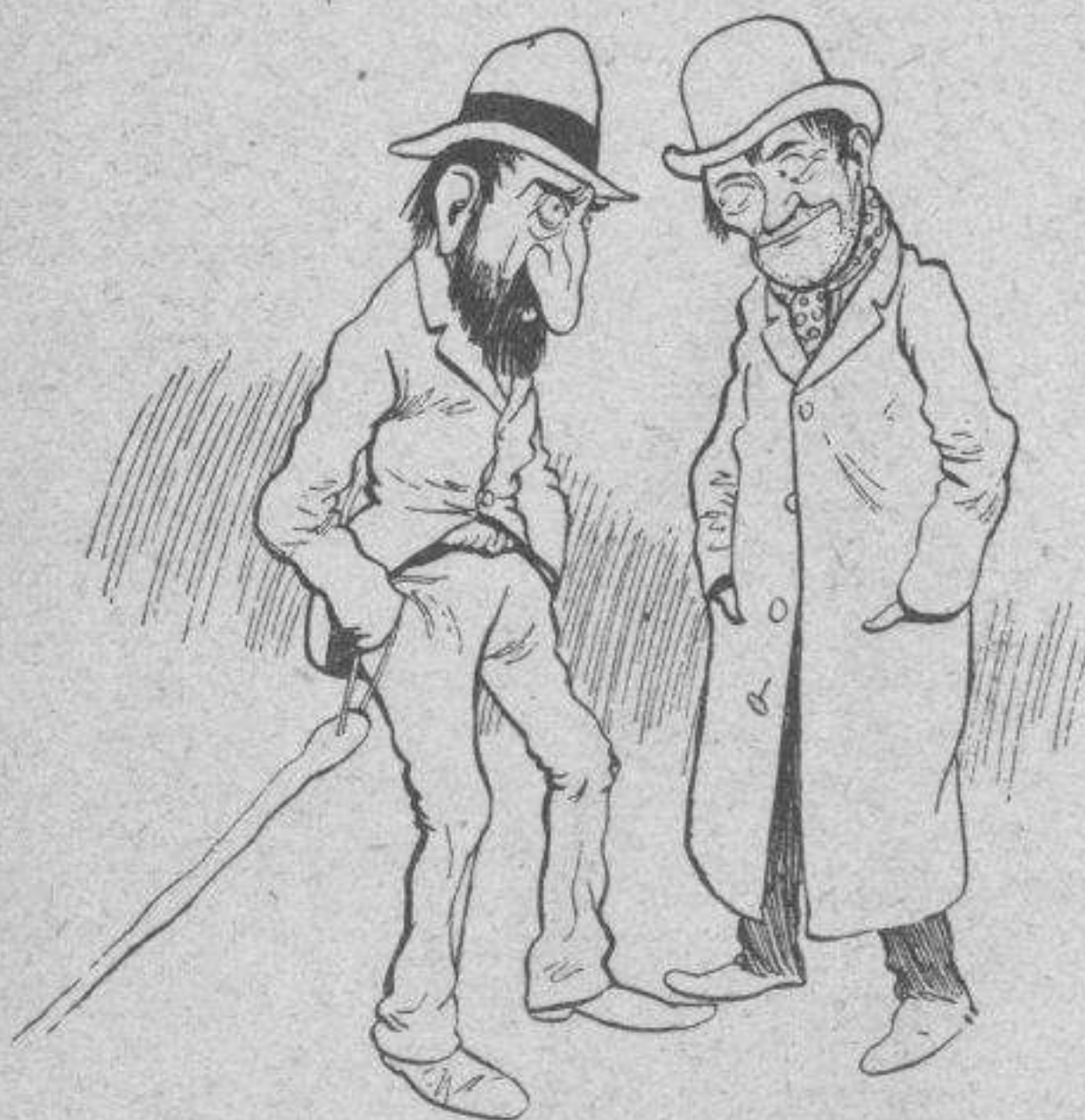
Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

COCINA CÓMICA

Calamares al natural

Te metes en una barca, coges los remos y remas, y cuando estés mar adentro, quitándote la chaqueta, te arrojas al mar con bríos (por supuesto, de cabeza), y cuando llegues al fondo, si llevas la boca abierta, entrarán los calamares y está la comida hecha.

J. A.



—Y ¿dice usted que no tiene casa para dormir?

—No, señor. Antes tenía doce, y llevo tres...

—¡Hombre, de doce llevará usted una!
—Digo que llevo tres durmiendo en las calles.

—Lo mismo que yo.
—¡Se me ocurre una idea! Gritemos con fuerza: ¡Viva la Repúblicaaaa!...

El señor llama al criado:

—Oye, Pepe: fíjate, hombre. Me traes dos botinas, y las dos son del mismo pie.

Pepe sale de la habitación muy apurado y vuelve diciendo:

—Señor, pues la culpa no es mía; debe ser del zapatero, porque el otro par que tengo ahí fuera es lo mismo: las dos botinas son también del mismo pie.

—¿Conque sufre usted mucho?—dijo el doctor á Gedeón.—Según eso, esta noche se ha empeorado la dolencia.

—Creo que sí,— responde Gedeón;—pero no puedo asegurárselo á usted.

—¿Que no puede usted?

—¿Cómo voy á poder, cuando toda la noche he estado durmiendo?

La mujer de Pablo era fea, y por todos conceptos desagradable. El divorcio acabó por librarle de la carga. Volvió á casarse.

Uno de sus amigos le encuentra en la calle, y le dice:

—¡Oh, amiguito! ¿Cómo te encuentras después del cambio?

Pablo, algo moroso en contestar, dice por último:

—¡Cambio!... ¡Cambio!... ¡Pues si apenas ha sido una conmutación!

Sorprendida una dama por la repentina llegada de su marido, y no sabiendo dónde ocultar á su amante, le hace entrar en la caja de un reloj de pared.

Abre el marido la tapa al notar que el reloj está parado, y al encontrarse un hombre dentro, grita enfurecido:

—¡Caballero! ¿Qué hace usted ahí?

El amante sale de la caja con las manos en los bolsillos, y con aire inocentón contesta:

—Me paseo.

En un examen de Táctica:

El profesor:

—Puesto el regimiento en orden de batalla, ¿dónde se coloca el abanderado?

El alumno:

—En su sitio.

Los barómetros.

—¿Quiere la señora la sombrilla para salir?

—No, hija, no. Mi marido se ha pasado toda la noche quejándose del reuma. Tráeme el paraguas.

(Sigue en la penúltima página)